**Viernes III del TO
Ciclo C**

****28 de enero de 2022
2Sam 11,1-4.5-10.13-17
Sal 50
Mc 4, 26-34
*P. Eduardo Suanzes, msps*

En el Evangelio, se nos relatan dos parábolas del Reino. En la primera, Jesús relaciona, otra vez, el Reino con la parábola del sembrador[[1]](#footnote-1): el reino de Dios ahora es comparado a un hombre que siembra la semilla en la tierra. Pero en esta segunda parábola el «***foco***» no se dirige tanto hacia el sembrador que siembra, sino hacia la semilla que queda oculta en la tierra. La parábola del sembrador mostraba a Dios amando indiscriminadamente, dando su ser sin fijarse en méritos ni en respuestas. Esto, decíamos ayer, cuesta comprenderlo desde la mente egoica, pues echa por tierra los constructos mentales de mérito y premio-castigo construidos por quienes se ven a sí mismos como justos y dignos −por ello− del aprecio de Dios. Que, como muestra todo el evangelio, Dios ame indiscriminadamente a justos y pecadores, que Dios aprecie a los despreciables, eso no es «entendible» desde la mente interesada, no encaja en la «lógica de los derechos» del judío cumplidor de la ley y la tradición.

Pero esta breve parábola de la semilla[[2]](#footnote-2) en la tierra presenta otra lógica, otra dinámica que está más allá de los constructos de la mente humana. ***El foco de la parábola***, la acción de la parábola, no ocurre en el ámbito humano, sino bajo tierra. El hombre y sus devaneos mentales queda en la superficie, ajeno a lo que se está produciendo lejos de su alcance, lejos de lo que su mente suele y puede controlar. Eso quiere indicar el texto cuando dice: «*duerma o se levante* [el hombre], *de noche o de día, el grano brota y crece, sin que él sepa cómo*». La dinámica de Dios, de su «reinar», de su «ser», no puede ser controlada por la dinámica mental del hombre, que se mueve en una esfera inmediata de apegos, prejuicios e intereses. El amor que Dios es, con todo lo que tiene de donación constante, plena e indiscriminada, desborda esos parciales límites en que se mueve la mente egoica, tan preservadora de sí misma e interesada, está en otro «nivel» infinitamente más amplio, más libre y más pleno.

La contraposición de estos dos niveles (el ilimitado del amor donativo que Dios es y el limitado de la mente egoica preservativa) está presente de un modo expreso en otros momentos del evangelio de Marcos, en los que surgen las resistencias egoicas a aceptar el camino de ser amor (de entregar el ser) como único para vivir plenamente. A ello se oponen los sacerdotes, los escribas, los fariseos, los ricos, los pagados de sí mismos. Pero también eso cuesta ser aceptado por los propios discípulos, como se encargará Marcos de subrayar avanzando en el Evangelio.

Luego, Jesús expone la segunda parábola, comparando el Reino de Dios al grano de mostaza.

Tradicionalmente se ha tendido a interpretar esta parábola en términos de «temporalidad». La pequeña semilla, ínfima, evoluciona, crece y se convierte en una gran planta, incluso en un árbol, capaz de acoger a las aves del cielo. El «***foco***» de la parábola estaría entre lo pequeño de los comienzos y lo grande del final. Así sería con el reinado de Dios que simboliza la naciente comunidad cristiana: empieza siendo algo insignificante en apariencia, pero va a ir creciendo imparablemente hasta llegar a su plenitud, capaz de albergar a todos los hombres de la tierra (imagen de las aves del cielo).

No obstante, en esta parábola hay elementos que pueden enriquecer esta visión. En primer lugar está el dato de la elección de la mostaza como protagonista de esta historia, para ser comparada al Reino de Dios. La mostaza no es la más pequeña de las semillas, pero en la cultura popular y bíblica sí que era un referente para reflejar algo muy pequeño, mínimo.

Pero la mostaza tiene otra connotación más provocativa y más chocante. Para ver cómo podía ser mirada en la época de Jesús puede ser útil recordar lo que escribió entonces (siglo I) Plinio el Viejo[[3]](#footnote-3) en su «Historia natural», que recoge John Crossan:

«La mostaza... con su sabor picante y sus fogosos efectos, es enormemente beneficiosa para la salud. Puede crecer silvestre, aunque mejora mucho al ser cultivada; en cambio, una vez sembrada en el terreno, resulta muy difícil hacerla desaparecer de él, pues su semilla germina tan pronto como es plantada»[[4]](#footnote-4).

De este texto, aparte de sus virtudes culinarias o médicas, destaca su pertinacia u obstinación una vez arraigada en un terreno, de la que es difícil eliminar. Como también recoge Crossan, la mostaza silvestre era considerada desde tiempos inmemoriales como una «mala hierba» que infesta los campos de grano». La tendencia de esta planta a mezclarse con otras es una de sus características más peligrosas, de ahí que la *Misná* judía (200 d.C.) estableciera el precepto de que no se sembrara nunca en los huertos, sino en campos más grandes, donde ella sola pudiera segregarse de los demás cultivos. Crossan señala agudamente que la cuestión no es que la mostaza sea muy pequeña en su origen y luego se convierta en un arbusto de más de metro y medio de altura, sino que «se trata de una planta que suele crecer donde no debe, que tiende a criarse de forma totalmente incontrolada, y que suele atraer a los pájaros a los terrenos de cultivo, donde precisamente no son nunca bien recibidos»[[5]](#footnote-5).

Aquí podemos ver ya un elemento chocante, paradójico y contracultural, utilizado por Jesús para llamar la atención de sus oyentes y para abrirles a realidades más profundas. Un campesino galileo que oyera comparar al Reino de Dios con la incordiante y peligrosa mostaza, sin duda se extrañaría y prestaría atención a ver en qué terminaba esa historia que comenzaba tan loca e ilógicamente. Pero el empleo de esta imagen no es, sin duda, un mero recurso retórico, sino que ha de tener un sentido más profundo. Además, la mostaza estaba considerada también como una planta impura. «Impuro» es lo que está «fuera de lugar». Y, además, sembrarla en huertos o campos donde hay otras semillas, podría ir contra las normas de no mezclar semillas.

Lo chocante es que Jesús empieza a hablar del reinado de Dios relacionándolo con el mundo de la impureza, de la inconveniencia, y con una planta que puede ir contra los intereses de lo establecido como «lo correcto» o «lo justo». En esto, Jesús aparece aquí coherente con el resto de su enseñanza y de sus actitudes. Es como si Dios irrumpiera con su amor para desbaratar los planes del hombre, su estatus-quo, sus sistemas normativos, sus montajes consagrados y justificados por sus mentes egoicas, y para mostrar una nueva forma de vivir-ser que nada tiene que ver con todos esos sistemas y modos de vida que causan separatidad y postración.

La mostaza como planta incordiante, con peligrosa capacidad de propagación, es una buena imagen de este «dar la vuelta» a las cosas que a los ojos-mentes de los hombres se tienen por inamovibles, pero que no se sostienen desde lo que Dios es. Por ello, el Reino anunciado por Jesús fue visto como una amenaza para todo el sistema, y los dirigentes del mismo decidieron acabar drásticamente con el sembrador de esa «mostaza» que alteraba sus controlados campos de dominio. Y lo mismo hicieron después otros dirigentes con los discípulos de Jesús que, como él, sembraban en sus respectivos campos de dominio mediterráneo las peligrosas semillas de un Dios que es-reina en el amor indiscriminado, equitativo y de servicio hacia los más débiles. Todo lo contrario a sus sistemas de domino.

La visión que del reinado de Dios da esta parábola indica algo muy pequeño que acontece en un ámbito próximo, cotidiano. Pero ese acontecer es paradójico, no es como se espera. No parte de un suceso «grande», sino de algo casi imperceptible, como es una semilla echada en un huerto. Tampoco ocurre según los cánones clásicos, que pintarían una acción directa de Dios consagrando a su enviado, sino de una situación anómala, marginal, que roza la impureza, es decir, la pecaminosidad.

¿Qué relación tiene todo esto con lo que sabemos de Jesús? La primera coherencia es que Jesús era, de hecho, un personaje marginal, tachado de impuro, incluso de endemoniado, un sin-vergüenza que no se atenía a las normas estrictas de la Ley, sino que iba más allá de ellas. Los que le daban su adhesión, sus discípulos itinerantes e incluso sedentarios, también entrarían dentro de ese ámbito de la marginalidad, de la impureza. El constante contacto con pecadores públicos, con impuros, con «no justos», situó, sin duda, a Jesús y su movimiento en ese lugar tan sospechoso. A los ojos bien-mirantes de los detentadores del control, Jesús y su grupo serían un incordio, algo molesto, cuestionador, algo «fuera de lugar». Aquí es donde encaja la imagen comparativa de esta parábola.

1. En Mc 4, 3-9, Jesús había comparado el Reino de Dios a un sembrador que esparce la semilla indiscriminadamente en cuatro tierras distintas. [↑](#footnote-ref-1)
2. Sixto Iragui, *El Jesús histórico*. *El reino de Dios se ha acercado*. Madrid, 2009 [↑](#footnote-ref-2)
3. Gayo o Cayo Plinio Secundo​ (23-79) fue un escritor y militar romano del siglo I, conocido por el nombre de Plinio el Viejo para diferenciarlo de su sobrino e hijo adoptivo Plinio el Joven. Perteneció al orden ecuestre y ejerció cargos administrativos y financieros en la Galia y en Hispania. Hizo estudios e investigaciones en fenómenos naturales, etnográficos y geográficos recopilados en su obra *Historia natural*, siendo modelo enciclopédico de muchos conocimientos hasta mediados del siglo XVII cuando sus estudios fueron sustituidos por investigaciones basadas en el método científico y el empirismo moderno. Su obra fue usada por muchos exploradores occidentales de los siglos XVI y XVII. (Wikipedia) [↑](#footnote-ref-3)
4. John D. Crossan. *Jesús: vida de un campesino mediterráneo judío*. Grupo Grijalbo-Mondadori. Barcelona, 1994.p.326 [↑](#footnote-ref-4)
5. *Ibid.* p.327 [↑](#footnote-ref-5)